

LA LUZ DE LAS ESTRELLAS

(DE LONGFELLOW)

Va cayendo la sombra lentamente :
De la noche la reina majestuosa
Se oculta silenciosa
Tras los velos azules de Occidente.

Sólo llega a la tierra el centelleo
Del ejército innúmero de estrellas,
Al rojo Marte entre ellas
Cual centinela de la noche veo.

¿ Es la estrella de amor y de hermosura ?
No, que en la tienda del azul palacio,
Encima del espacio
Reverbera de un héroe la armadura.

¡ Cuántas ideas surgen en mi mente
Cuando miro a lo lejos suspendido
El escudo bruñido
De esa estrella rojiza y esplendente ;

Oh planeta ! si a veces inhumano
Pareces sonreírte de mi duelo,
También me das consuelo
Cuando me tiendes tu acerada mano.

Entre los astros cuya lumbre fría
Sobre mi triste corazón riela,
El rojo Marte vela
Cual centinela de la noche umbría.

Ese es el astro que encendió en mi pecho
De la invencible voluntad la llama,
Que el corazón inflama
Tranquilo y firme siempre en su derecho.

Ten valor, tú que escuchas este canto,
 Cuando al impulso de falaz fortuna,
 Caigan una por una
 Tus ilusiones, y repríme el llanto.

Que ante los golpes de contraria suerte
 El alma llena de valor no gime.
 ¡Cuán grande, cuán sublime!
 El que se ostenta en los pesares fuerte!

RUPERTO S. GOMEZ

ANTE EL DEBER

I

Subía Benito, precedido de su mula, por el sendero escarpado que conducía a la cumbre de la montaña. El rostro del joven y su aire de buen humor, denotaban un alma tranquila y un corazón satisfecho. De cuándo en cuándo se dirigía a la mula, que caminaba trabajosamente, y hablándola como si hubiera sido capaz de entenderle, decía cariñosamente:

—Vamos, Dorina, un esfuerzo más; ya poco falta para llegar arriba. ¡Adelante! Ya sabes que te esperan el pesebre lleno de paja y la cuadra alfombrada de heno perfumado como un jardín de rosas. ¡Arriba! Hoy es sábado y mañana descansarás todo el día.

La pobre mula tenía necesidad de que la animaran, porque la subida era penosa, y a pesar del frío intenso de aquel día de noviembre, sudaba el animal, agobiado de fatiga. Marchaba con la cabeza baja, como si fuese contando paso a paso los ochocientos metros que era preciso subir para gozar de aquella felicidad que la prometía su amo.

Pero es que Dorina era vieja y estaba cansada de subir todos los días a la montaña. Benito, en cambio, era joven, o mejor dicho, llegaba a la edad madura, que es llegar a